



## La historia que nadie te contó

By Eduardo Lucero Müller



Hace mucho tiempo, antes de que las autopistas cruzaran la ciudad como venas de cemento, Los Ángeles era un paraíso de color carmesí. Miles de personas se movían en los "Red Cars", unos tranvías eléctricos brillantes que conectaban las playas con las montañas. El joven Mateo amaba el sonido del metal sobre los rieles y el viento fresco que entraba por las ventanas abiertas mientras viajaba con su padre hacia el centro. Era un sistema perfecto, limpio y puntual que pertenecía a todos.



El sistema de tranvías era la envidia del mundo. No importaba si eras un banquero o un obrero, el Red Car te llevaba a donde necesitabas. Mateo solía saludar a Don Paco, el conductor, quien manejaba los controles de bronce con una precisión asombrosa. "Es el pulso de la ciudad, muchacho", decía Don Paco. Nadie podía imaginar que ese pulso estaba a punto de ser silenciado por hombres que preferían el rugido de los motores y el olor a gasolina.



En oficinas oscuras, lejos de la mirada del público, un hombre llamado Sr. Sterling se reunía con sus socios. Representaban a gigantes de la industria: General Motors, Standard Oil y Firestone. Formaron una empresa con un nombre que sonaba confiable, "National City Lines", pero su objetivo era oscuro. No querían mejorar el transporte; querían eliminar la competencia para que cada ciudadano se viera obligado a comprar un coche, usar sus neumáticos y consumir su combustible.



El plan comenzó con elegancia y engaño. National City Lines empezó a comprar las redes de tranvías una por una. Los políticos recibían promesas de modernidad y el Sr. Sterling se aseguraba de que los contratos fueran firmados rápidamente. Mateo veía con extrañeza cómo hombres de traje estrechaban manos frente a los ayuntamientos, mientras en las calles, los Red Cars empezaban a circular con menos frecuencia, dejando a la gente esperando en las esquinas.



Pronto, el cambio se hizo evidente. Los cables eléctricos que alimentaban a los tranvías fueron cortados y los hermosos vehículos rojos fueron reemplazados por autobuses de diésel ruidosos y humeantes. Mateo, ahora un adolescente, ya no disfrutaba del aire fresco. El humo negro de los nuevos autobuses le hacía toser, y el traqueteo suave del riel fue sustituido por el rebote brusco de las ruedas sobre el pavimento.



Con el paso de los años, los tranvías desaparecieron por completo. Las vías fueron cubiertas con capas gruesas de asfalto, enterrando la historia de la ciudad bajo el alquitrán. Mateo, ya un hombre adulto, se encontraba atrapado cada mañana en un mar de coches metálicos. El "progreso" prometido resultó ser un tráfico interminable. Los coches ya no eran un símbolo de libertad, sino una necesidad costosa impuesta por aquellos que habían destruido el transporte público.



Décadas después, Mateo caminaba con su nieta, Elena, por una calle donde el asfalto se había agrietado. Con su bastón, señaló una tira de metal oxidado que asomaba desde las profundidades de la tierra. "Aquí debajo yace un tesoro, Elena", le dijo con tristeza. Le contó cómo la ciudad una vez fue conectada por hilos invisibles de electricidad, antes de que la codicia decidiera que el asfalto era más valioso que la comunidad.



Elena creció con las historias de su abuelo en la cabeza. Como estudiante de historia, decidió buscar la verdad en los archivos polvorientos de la biblioteca. Allí, junto a una bibliotecaria que recordaba los viejos tiempos, Elena encontró documentos que probaban la conspiración. National City Lines había sido creada específicamente para dismantelar los sistemas eléctricos en más de 40 ciudades de Estados Unidos. No fue un accidente del mercado; fue un plan ejecutado con precisión quirúrgica.



Aunque la multa fue pequeña, la verdad salió a la luz. Hoy, Elena camina por la ciudad y ve cómo nuevos rieles vuelven a instalarse. Los Ángeles intenta recuperar lo que le fue arrebatado, construyendo trenes ligeros sobre las mismas rutas que su abuelo recorría. La historia que nadie te contó es un recordatorio de que las ciudades deben pertenecer a las personas, no a las industrias, y que el pasado siempre encuentra una forma de volver a la superficie.